CONCIUDADANOS DE LOS SANTOS

(Ef 2, 19-20)

Carta pastoral con motivo de la beatificación de Fray Antonio de Badajoz

+Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Arzobispo de Mérida-Badajoz

I.- SALUDO

Queridos hermanos y hermanas: Presbíteros, diáconos, seminaristas, consagrados, fieles laicos, ¡*El Señor os dé la paz*!

Os escribo, *amados del Señor*, desde Mérida, donde estoy pasando la Visita Pastoral a este arciprestado. Una Ciudad, como bien sabemos, donde sigue viva la memoria de los mártires de la primera hora, como Santa Eulalia, y la fuerza de la Iglesia de los primeros siglos, como nos manifiestan los Padres Emeritenses. Una ciudad que nos recuerda que nuestra Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz está edificada sobre la sangre de los mártires y el testimonio de tantos cristianos que nos precedieron en la confesión de su fe en Jesucristo. Acojamos la gracia de nuestros orígenes.

II.- ACCIÓN DE GRACIAS

En estos días, doy gracias a Dios, del que proviene *el bien, todo el bien, el sumo bien* (San Francisco de Asís), por la gran historia que contar y trasmitir que tenemos, pero al mismo tiempo por todo lo bueno que estoy constatando en las parroquias que componen el Arciprestazgo de Santa Eulalia.

Como en toda Visita Pastoral me estoy encontrando con las “fuerzas vivas” de cada comunidad parroquial: grupos parroquiales, cofradías, movimientos, caritas, enfermos. He visitado a las autoridades locales y de la Junta de Extremadura, así como colegios, centros sociales

y otras instituciones caritativas y sociales. En cada uno de las parroquias hemos celebrado una asamblea parroquial.

Todo ello me permite conocer más de cerca la realidad de nuestras comunidades y los retos/desafíos que tenemos por delante, a la luz de nuestro *Plan Diocesano de Pastoral* para este curso. Doy gracias a Dios por el trabajo que están realizando los párrocos y los distintos equipos parroquiales. Mucho es lo bueno que encuentro, pero, como siempre, estamos llamados a "pasar de lo bueno a lo mejor", como quería Santa Clara de Asís.

Al mismo tiempo doy gracias al Señor por todo el bien que derrama en nuestra Iglesia particular que peregrina en Mérida-Badajoz. Gracias a todos -presbíteros, diáconos, consagrados, seminaristas y laicos- los que hacéis posible que esta porción de la Iglesia de Jesucristo brille con luz propia y produzca frutos evangélicos. Bien podemos aplicar a nuestra Iglesia particular unas palabras del Papa Benedicto y afirmar que "estamos rodeados, guiados y conducidos por los amigos de Dios […]. Y que una "muchedumbre de santos de Dios nos protege, nos sostiene y nos conduce"[1].

Para todos los que formamos parte de esta Iglesia particular pido al *Padre de las misericordias* que, conociendo la voluntad del Señor y viviendo conforme a ella, y contando siempre con la intercesión de los santos de ayer y de hoy, podamos participar ya desde ahora de la herencia de los santos en la luz (cf. *Col* 1, 10-14).

[1] Benedicto XVI, *Homilía* en el solemne inicio del ministerio petrino, 24 de abril de 2005.

III.- LA SANTIDAD DE CADA DÍA

Aprovechando la celebración de la Jornada por la santidad y la reciente beatificación de un hijo de nuestra tierra y de nuestra Iglesia, Fray Antonio de Badajoz, me propongo reflexionar brevemente sobre la llama a la santidad y subrayar algunos aspectos de la vida de nuevo beato.

La Santidad: Una vocación para todos los bautizados

Hace pocos días hemos celebrado la fiesta de Todos los Santos y ahora nos disponemos a celebrar la *Jornada de la Santidad*, que en nuestra Archidiócesis tendrá lugar el próximo domingo, día 8 de noviembre, coincidiendo con el *Día de la Iglesia Diocesana*. Por otra parte, el día 7 en nos reuniremos en La Albuera, para dar gracias al Señor por el regalo que hace a nuestra Archidiócesis de la santidad de Fr. Antonio.

Estas celebraciones, además que de ayudarnos a tomar conciencia de que todos somos parte de esta Iglesia que peregrina en Mérida-Badajoz, son una ocasión propicia para recordarnos que todos estamos llamados a ser santos. Esa es nuestra vocación: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto” (*Mt* 5, 48); “sed santos porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo” (*Lv* 19, 2; cf. *1P* 1, 16).

Estos dos textos se iluminan uno al otro y nos ofrecen un horizonte precioso. En el *Levítico*, Dios dice a su pueblo:

“Sed santos, porque yo soy santo”. No es una orden para unos pocos, es como la identidad del pueblo, llamado a reflejar el corazón de Dios en su vida diaria: en la justicia, en cuidado del pobre, en la verdad, en la compasión con el extranjero. Por otra parte, cuando Jesús en Mateo dice: “Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”, no está subiendo el listón de manera inalcanzable, está invitando a un camino de plenitud, de amar sin medida, de ser coherentes, de parecernos a él.

Decir *sed santos*… es algo que define al pueblo de Dios desde el principio. Santo no significa alguien que vive fuera de la realidad, sino alguien que pertenece a Dios y refleja su manera de ser en su actuar cotidiano.

Cuando Jesús dice sed perfectos, está usando una palabra que en el lenguaje bíblico significa ser completos, alcanzar la plenitud, ser íntegros y sin doblez, como el Padre que hace salir el sol sobre buenos y malos (Cf. *Mt* 5, 45). La santidad consiste en parecernos cada día más a Dios. Por eso la santidad no es separación ni privilegio, es vivir en coherencia con el amor recibido, en las cosas pequeñas de cada día. Se concreta en gestos de misericordia, en la acogida al forastero, en la paciencia en la familia, en cumplir la palabra dada, en acompañar al que sufre, en cuidar la creación.

Para nosotros los bautizados, la santidad no es rara ni excepcional, no es para unos pocos consagrados o con una vida especial, es para todos, en el estado de vida que al que hemos sido llamados. Y por ello, *la única tristeza es la de*

no ser santos, como decía León Bloy. La santidad es una vocación universal que convierte lo cotidiano en un lugar de encuentro con Dios y de servicio a los hermanos. La santidad es la vocación común de todo bautizado, y que se concreta en cosas sencillas: ser honestos, perdonar, cuidar de los enfermos, rezar con humildad, vivir la Eucaristía, ser fiel en lo diario.

En el fondo, la santidad consiste en dejar que Cristo viva en nosotros, hasta poder decir como San Pablo: "No vivo yo, es Cristo quien vive en mí" (*Gal* 2, 20), o, como dice siempre el Apóstol de los gentiles: "Para mí la vida es Cristo" (*Fil* 1, 21), de tal modo que en nuestra humanidad se vaya transparentando el amor de Dios, hasta hacer de nuestras vidas una prolongación de su amor. En último término, ser santo es dejar que Cristo vaya ocupando el centro de nuestra existencia, como acontece en la vida de los santos, como es el caso de la vida del Beato Fray Antonio de Badajoz. Contemplando su vida entendemos que la santidad no es un sueño imposible, sino una llamada que Dios dirige a cada uno de nosotros. La santidad es camino, pero camino de alegría y de esperanza para todos. La santidad es darle sentido pleno a la vida, sostenida por el amor y abierta a la esperanza.

A la luz de las Bienaventuranzas (*Mt* 5, 1-12).

Muchos puede que se pregunten ¿cómo llegar a ser santos? Jesús explicó de forma sencilla en qué consiste ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las Bienaventuranzas, que, además de ser el retrato de Jesús, son el carnet de

identidad de todo cristiano, y por eso, las Bienaventuranzas nos señalan el camino de la santidad. En ellas "se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas"[2], pero también se nos muestra el camino para llegar a ser santos. Si alguien se pregunta ¿cómo se hace para llegar a ser santos? La respuesta es bien sencilla: "Es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que Jesús dice en el sermón de las Bienaventuranzas.

Muchas veces pensamos que los santos son personas extraordinarias, que vivieron hace muchos siglos o que hicieron cosas admirables que nosotros nunca podríamos hacer. Pero Jesús, al proclamar las Bienaventuranzas, nos recuerda que la santidad es una vocación para todos.

- Santos pueden ser unos padres que educan a sus hijos con amor.
- Santos puede ser una persona enferma que vive su sufrimiento con esperanza.
- Santo puede ser un sacerdote que entrega su vida al servicio de los demás.
- Santo puede ser un consagrado que vive fielmente su consagración al Señor sirviendo a los más pobres y siendo voz profética en la Iglesia.
- Santo puede ser un joven que se atreve a vivir el Evangelio en medio de un ambiente que no siempre lo comprende.

[2] Papa Francisco, Gaudete et exultate, 63.

- Santo puede ser cualquier profesional que lleva a cabo su misión como cristiano en medio del ambiente laboral.
- Santo puede ser un político que lucha contra la corrupción y que trabaja para el bien de los ciudadanos que le han dado su confianza.
- Santo puede ser una persona que perdona cuando le han hecho daño.

A veces pensamos también que solo aquellos o aquellas que tiene la posibilidad de tomar distancia de la vida ordinaria pueden ser santos, porque solo ellos, pensamos, pueden dedicar mucho más tiempo a la oración. Pues no, no es así, pues "todos estamos llamados a ser santos, viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra"[3], recordando que la vida no tiene una misión, sino que es misión en sí misma[4].

Los santos "de la puerta de al lado"[5], y no solo los beatificados y canonizados, son los que sostienen nuestra Iglesia y nuestra labor evangelizadora. Ellos caminan con nosotros y nos dan aliento en los momentos difíciles y mantienen alta nuestra confianza en Aquel para el que *nada hay imposible* (*Lc* 1, 37).

Esta "nube tan ingente de testigos" fieles, que contemplábamos el día de Todos los Santos, nos estimulan

[3] Papa Franicsco, *Gaudete et exultate*, 14.
[4] Papa Francisco, *Evangelii gaudium,* nn. 20. 27. 273*; Documento final de la primer sesión del Sínodo de los Obispos* (2023).
[5] Papa Francisco*, Gaudete et exultate*, 7.

a seguir caminando hacia la meta, nos animan a que "corramos, con constancia, en la carrera que nos toca (*Heb* 12, 1), hasta alcanzar la medida de la plenitud de Cristo, pues todos estamos llamados a crecer hasta alcanzar la estatura de Cristo. Esa es nuestra meta. Fray Antonio de Badajoz nos recuerda ese camino de configuración con Cristo. Dejémonos estimular por los signos de santidad que el Señor nos presenta a través de los más humildes miembros de ese pueblo que "participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad"[6].

Esos mismos santos a los que veneramos en la fiesta de Todos los Santos, nos muestran como la santidad no consiste en hacer cosas extraordinarias, sino en hacer extraordinariamente bien, con amor, las cosas ordinarias de cada día. Y nos recuerdan que la "santidad es el rostro más bello de la Iglesia"[7].

Preguntémonos:

- ¿Qué ecos tiene en mí la llamada a la santidad?
- ¿En qué ha de cambiar en mi vida para parecerme algo más a Jesús?

IV. -BEATO FRAY ANTONIO DE BADAJOZ: UN TESTIGO DE LA SANTIDAD COTIDIANA

[6] Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, 12.
[7] Papa Francisco, *Gaudete et exultate*, 9.

Un testimonio vivo en el corazón de nuestra Iglesia Diocesana

En esta *Jornada Diocesana de la Santidad*, que coincide con la celebración del *Día de la Iglesia Diocesana*, la Iglesia que camina en nuestra tierra vuelve su mirada al Señor, origen y fin de toda llamada a la santidad. Ser Iglesia diocesana es sabernos parte de un mismo Cuerpo, una familia congregada por la gracia de Cristo donde nadie se salva ni se santifica en solitario.

En este marco de comunión, la providencia nos regala el testimonio de nuestro último beatificado, Fray Antonio de Badajoz, hermano laico de la Orden de los Hermanos Menores (Franciscanos). Nacido en La Albuera, el Beato Fray Antonio encarna la alegría del servicio, la humildad y el amor a Cristo. Su beatificación, celebrada el 31 de octubre en Savannah (Georgia, EE. UU.), llena de bendición a nuestra Archidiócesis y nos recuerda que la santidad no es un ideal inalcanzable, sino un camino concreto de fidelidad cotidiana que florece en el seno de la comunidad eclesial y fructifica para el bien de todos.

La figura de Fray Antonio merece ser conocida, querida y presentada especialmente a nuestras comunidades cristianas, a nuestros jóvenes, a los matrimonios y a las familias. Su vida y su martirio nos ofrecen una oportunidad para reflexionar sobre la realidad de extraordinaria o importante para la Iglesia y para la sociedad: el matrimonio como vocación de amor y

fidelidad, y la familia como lugar privilegiado donde se trasmite y se aprende a vivir el Evangelio.

El valor indivisible de la comunidad: caminar y entregarse juntos

Uno de los rasgos más desatacados del testimonio del Beato Fray Antonio de Badajoz es que no caminó solo hacia la santidad. Fue martirizado junto con sus hermanos de Orden y de comunidad, conocidos colectivamente como los Mártires de Georgia: Fray Pedro de Corpa, Fray Blas Rodríguez de Cuacos, Fray Miguel de Añón y Fray Francisco de Veráscola, manifestando que la fe se vive, se sostiene y se perfecciona en fraternidad.

En un mundo marcado por el individualismo y el aislamiento, la entrega martirial de Fray Antonio y sus compañeros se alza como un profético canto a la comunión.

Fray Antonio no era sacerdote, sino un hermano laico que sirvió como intérprete y estrecho colaborador en la misión. En la vida de comunidad, el nuevo Beato aprendió a escuchar, a servir y a dejarse sostener en los momentos de dificultad. Ninguno de ellos afrontó el supremo testimonio como un logro personal; lo hicieron unidos en la oración, estrechados en la misma esperanza y fortalecidos por el amor fraterno.

Como Iglesia Diocesana, este hecho nos interpela profundamente:

- ¿Construimos parroquias y comunidades que sean verdaderos espacios de vivencia de fe y apoyo mutuo?
- ¿Sostenemos al hermano, al compañero der trabajo y de estudios que flaquea en su vocación y misión?

La santidad de Fray Antonio nos enseña que el tejido fraterno de nuestra Archidiócesis es el suelo fértil donde Dios hace germinar las virtudes más excelsas.

La defensa de la fe y el valor del matrimonio: Un mensaje actual

El martirio de Fray Antonio de Badajoz y de sus compañeros no fue un acontecimiento fortuito, sino la consecuencia coherente de una vida entregada a la defensa de la verdad evangélica. Entre las verdades que custodió con mayor celo y firmeza destaca de manera especial la defensa del matrimonio y de la familia.

En un contexto hostil, Fray Antonio no dudó en alzar la voz para proclamar la dignidad del vínculo matrimonial según el designio de Dios: una unión fundada en el amor fiel, indisoluble y generoso. Supo ver con claridad que defender el matrimonio era defender las bases mismas de la fe y la santidad del amor humano bendecido por Cristo.

Esta convicción y su negativa a ceder frente a las presiones que desvirtuaban la verdad matrimonial fueron, precisamente, la causa principal que lo condujo al martirio en septiembre de 1597.

La reciente beatificación de Fray Antonio de Badajoz, junto a sus cuatro compañeros franciscanos, constituye para nuestra Iglesia diocesana un motivo de profunda alegría y gratitud. Un hijo de nuestra tierra extremeña, un hermano franciscano laico, que entregó su vida en las misiones de Georgia, es reconocido por la Iglesia como testigo de Jesucristo y de la fuerza transformadora del Evangelio.

Fr. Antonio no es solamente un mártir del pasado, sino que se presenta a nosotros como un testigo que tiene algo importante que decirnos hoy: la belleza del amor fiel, la grandeza del matrimonio cristiano y la vocación de la familia a ser una escuela de santidad. Habiendo descubierto el amor de Cristo, como en el caso de Fr. Antonio, aprende amar, a entregarse y a permanecer fiel, incluso cuando hacerlo cuesta.

Fray Antonio nos deja así un legado plenamente actual: defender la familia no es defender una tradición caduca, sino custodiar el plan del Creador sobre el amor humano y testimoniar que la fidelidad es posible cuando se fundamenta en Dios.

Su figura merece ser conocida, querida y presentada especialmente a nuestras comunidades cristianas, a nuestros jóvenes, a los matrimonios y a las familias. Su vida y su martirio nos ofrecen una oportunidad para reflexionar sobre la realidad de extraordinaria o importante para la Iglesia y para la sociedad: el matrimonio como vocación de

amor y fidelidad, y la familia como lugar privilegiado donde se trasmite y se aprende a vivir el Evangelio.

Pongo a todas las familias de nuestra Archidiócesis bajo la protección de Fray Antonio.

Fr. Antonio, como hermano laico, vivió una vida sencilla, misionera, de servicio, y fue fiel al Evangelio hasta el final. Esa fidelidad, cuando pudo salvar su vida, decidió permanecer con sus hermanos, nos habla de un amor que sostiene, que no calcula y que no huye ante las dificultades.

En el matrimonio cristiano comprendemos también esa llamada a quererse como Cristo ama a su Iglesia, con un amor que se entrega, que perdona, que sostiene y que permanece. Juan Pablo II nos recordaba que el amor es la vocación fundamental de toda persona, y que "la familia cristiana proclama el Evangelio no solo con su vida, sino también con su misión propia de ser santuario de vida y escuela de amor"[8]. El Papa Francisco nos invitó muchas veces a contemplar la belleza del amor familiar, sin ocultar sus dificultades y nos recordó que el evangelio de la familia se vive en la sencillez de lo cotidiano, con sacrificio y esperanza[9]. Y el Vaticano II nos presenta el matrimonio como comunidad de vida y amor[10].

En una sociedad como la nuestra, en la que "fidelidad no está de moda", como afirmaba Pablo V, y en la que "lealtad y fidelidad no están de moda", como afirmó el Papa Francisco; en una sociedad como la nuestra en la que

[8] Juan Pablo II, *Familiaris Consorcio*, 17
[9] Pap Francisco *Amoris Laetitia*, 22.
[10] Cf. Vaticano II, *Gaudium et Spes*, 48.

el compromiso se debilita fácilmente y todo parece provisional, el testimonio de Fray Antonio nos ayuda a creer que vale la pena amar con fidelidad, que merece la pena entregar la vida por el Evangelio del amor y de la familia.

Que el ejemplo de Fray Antonio nos mueva a formar hogares donde se rece, se perdone, se comparta y se viva la alegría del Evangelio. Que nuestros matrimonios sean testigos de un amor fiel y generoso, y que nuestras comunidades cristianas sean verdaderas familias de familias, donde todos encuentren acogida, fraternidad y esperanza. Que el mejor homenaje que podemos ofrecerle a Fray Antonio sea seguir anunciando con nuestra vida el Evangelio del amor, de la fidelidad y de la entrega, un evangelio que hace de cada matrimonio una vocación y de cada familia un hogar donde Dios habita.

El martirio como testimonio: una llamada para cada cristiano hoy

Al contemplar al Beato Fray Antonio de Badajoz, debemos recordar la naturaleza profunda del martirio. La palabra mártir significa, en su raíz misma, “testigo”.

Si bien en Fray Antonio el testimonio alcanzó el grado supremo del derramamiento de la sangre, el martirio es una vocación a la que todos estamos convocados en la vida diaria. El testimonio martirial no tiene por qué acabar en la

muerte física. Existe un "martirio cotidiano", silencioso pero valeroso, que se vive en el día a día:

- En el matrimonio y la familia: al mantenerse fieles en medio de las dificultades, perdonando con generosidad y educando a los hijos en la fe frente a las corrientes contrarias.

- En la vida profesional y pública: al actuar con justicia, honestidad, coherencia y verdad, resistiendo a la tentación del compromiso fácil o la mentira.

- En la vida comunitaria: al perdonar las ofensas, vencer el egoísmo y servir con alegría a los más necesitados.

La vida y el testimonio de Fr. Antonio nos manifiesta que la santidad es *parresia*: es audacia, es empuje evangelizador que deja una marca en este mundo. Ciertamente la santidad y la fidelidad exigen caminar contracorriente. Exigen audacia. Exigen apertura al Espíritu para no ser paralizados por el miedo, para no acostumbrarnos a caminar solo dentro de confines seguros.

V.- SALUDO FINAL

Querida comunidad diocesana: que el ejemplo del Beato Fray Antonio de Badajoz, hijo de nuestra tierra y de nuestra Iglesia diocesana, y el de sus compañeros mártires, avive en nosotros la conciencia de nuestra vocación universal a la santidad. En este *Día de la Iglesia Diocesana*, y en esta *Jornada de la santidad*, pidamos al Señor que

haga de nuestras parroquias y hogares espacios donde la fe se defienda con la vida, el matrimonio se honre con amor y el testimonio fraterno impulse a todos a caminar juntos hacia el Reino.

Que el Señor bendiga a todos los matrimonios, acompañe a los jóvenes en su vocación y haga de nuestra Iglesia de Mérida-Badajoz una familia de familias, donde el amor de Cristo sostenga cada hogar.

Que el mejor recuerdo de Fray Antonio sea ver crecer en nuestras familias el perdón, la alegría del Evangelio y la paz que viene de Dios.

Vuestro pastor y hermano

+ Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Arzobispo de Mérida-Badajoz